

Un mes después de su último artículo en *El Observador*, Larra inicia una segunda etapa, tras su reconciliación con Carnerero, en *La Revista Española*: el 16 de enero de 1835 el gran artículo «La Sociedad» aparecía en ella firmado por *Fígaro*. A finales de febrero moría la *Revista* para renacer más tarde fundada con *El Mensajero de las Cortes*, de acusada tendencia liberal. El nuevo periódico se llamó desde su salida—1 de marzo—*Revista-Mensajero*, teniendo como editores a José María de Carnerero y Aniceto de Alvaro, y como equipo de redacción a Joaquín María López, San Miguel, Mariano de Carnerero, los Alcalá Galiano—Antonio y Dionisio—y Larra. El último escrito de *Fígaro*, y único de tema político en este periódico, es «Cuasi», fechado el 9 de agosto de 1835. Cinco meses, pues, de colaboración.

A mediados de enero de 1835, Larra emprende su comentado viaje a Europa. Sale de Lisboa el día 17 y tras visitar Londres y ciertas ciudades de los Países Bajos, se instala en París el 6 de junio, donde pasa medio año, y regresa en diciembre a España. Una vez en Madrid entra a formar parte de la redacción de *El Español*, que acababa de fundarse—1 de noviembre de 1835—bajo la dirección de don Andrés Borrego. Larra recibía un sueldo de 20.000 reales al año por dos artículos semanales. Teniendo en cuenta que escribe en dicho periódico desde el 5 de enero de 1836 hasta el 1 de febrero de 1837, debió dejar muchos artículos sin firmar, si nos atenemos a las exigencias del contrato, o bien algunos de ellos eran meras gacetillas de relleno.

Pero todavía no acaba aquí el periplo de *Fígaro* por los periódicos madrileños. Finalizando el año y siendo al mismo tiempo redactor de *El Español*, Larra es contratado por don Tomás Jordán, empresario de otros dos periódicos: *El Redactor General* y *El Mundo*. Su sueldo va a ser de 40.000 reales al año, un sueldo espléndido, sin duda, pero se le exige algo muy determinado: su firma de *Fígaro* en exclusiva. La primera estipulación del contrato decía así:

Don M. J. de Larra procurará al periódico titulado *El Redactor General* seis artículos al mes firmados *Fígaro*, no pudiendo usar esta firma en ningún otro periódico, sino en *El Mundo*, y dos artículos al mes de fondo, con firma o sin ella.

En efecto, los artículos que coetáneamente escribe en *El Español* llevan la firma *M. J. de Larra* o *M. J. de L.*

Naturalmente esta exigencia concreta por parte de la empresa estaba motivada por cuestiones de tipo comercial: *Fígaro* era sinónimo de un periodismo polémico, de venta segura, con el éxito de una firma consagrada, etc. Pero tal vez el propio público era consciente de un

especial modo de hacer, de escribir, de decir cuándo era *Fígaro* el autor «implícito» y no Mariano José de Larra.

*Fígaro* es con quien nuestro escritor se esmera más en cuanto a la construcción de su personalidad. Su psicología es, sin duda alguna, la más rica. Los rasgos típicamente costumbristas no sólo aparecen mucho más matizados, sino que presentan ciertas novedades. En primer lugar, la curiosidad más tópica, que en España tan ligada está a Mesoneros Romanos, es distinguida por el propio *Fígaro* de la suya; por eso cuando se refiere a ese ingrediente añade:

sea esto dicho con permiso y sin prejuicio de la curiosidad del señor Parlante, *que es otra curiosidad* (pág. 655, subrayado nuestro).

Por otro lado, *Fígaro* señala en su primer artículo su carácter:

Aunque no soy barbero ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatán, enredador, y curioso además si los hay [...] Suelo hallarme en todas partes, tirando siempre de la manta y sacando a la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico (pág. 655).

Pero todos estos componentes, añade *Fígaro*, no son en él fortuitos —propios del género—, sino fruto de la intención de diferenciarse de la sociedad, que es mentirosa, poco sincera, que teme declarar sus pensamientos («todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que o no dicen lo que piensan o piensan demasiado lo que dicen», página 655).

Además, *Fígaro* apunta un matiz menos festivo que los que he señalado, connatural a él mismo. Lo manifiesta en el fragmento de la escena segunda del primer acto de *Le Barbier de Séville*, de Beaumarchais, con el que subtitula su primer artículo: *je me presse de rire de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer* (pág. 654). Este «reír por no llorar» de la frase proverbial está presente, evidentemente, en varios artículos de *Fígaro* cuando los motivos festivos, que antes indiqué, comienzan a desdibujarse por las circunstancias externas.

Por otra parte, además de estos rasgos caracterológicos, modificados con respecto al *Duende*, el *Bachiller* y todavía más *Andrés Niporesas*, *Fígaro* manifiesta otros inexistentes en los anteriores. Con cierta frecuencia confiesa su tendencia a distraerse, sin poder concentrar su atención en nada (pág. 198). Esta tendencia va unida casi siempre a una sensación de indolencia, de tedio o hastío<sup>7</sup>. Habla de su malhumor

<sup>7</sup> «En estos casos, que muy a menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atención en una sola cosa, trato de fijarla en todas; [...] es de advertir

(«que habitualmente me domina», pág. 248), que se acrecienta en los días en que le invaden las sensaciones anteriores y que llegan a ponerle «cara de filósofo» (pág. 198) o «aspecto de un filósofo» (pág. 248). Se confiesa «el ser más veleidoso que ha nacido» (pág. 192) y no tiene inconveniente en afirmar que la inconstancia y la versatilidad son «las bases de mi carácter, el cual podría muy bien venir a ser el de no tener ninguno» (pág. 454). Es olvidadizo («no tengo gran memoria», página 584). Se califica de «indómito e independiente» (pág. 277), de donde nace, sin duda, su rebeldía y autonomía de criterio, tanto a nivel personal como de oficio, lo que le lleva a afirmar: «nosotros no nos casamos con nadie, y sólo nos parecemos a las demás gentes del mundo en estar casados con nuestra opinión» (pág. 614). En su artículo «La Sociedad» muestra su aversión a las frívolas relaciones sociales.

Por último, nos habla frecuentemente de sus decepciones, de su pesimismo, que engendra una profunda melancolía; melancolía que enlaza con esa intención inicial de «reír por no llorar» y que teñirá los artículos finales en un preludio de muerte.

Pero *Fíguro*, en un intento de mostrarse al lector como ente de ficción, no sólo define su personalidad a base de notas caracterológicas, sino que para corporeizarse más llega incluso a desarrollar una vida como una persona normal: cambia de casa, de periódico, tiene amigos, familia e incluso un criado asturiano. Este es quien va a alquilar un bombé para *Fíguro* y su amigo francés en «¿Entre qué gentes estamos?», quien le despierta de su pesadilla en «El fin de la fiesta» y más tarde le invita a leer la *Gaceta* y quien mantiene con él el patético diálogo de «La Nochebuena de 1836».

Todos los elementos o componentes caracterológicos que *Fíguro* manifiesta, en efecto, no sólo son distintos, sino mucho más profundos, expresados con mayor pormenorización, que los del *Duende Satírico*, el *Bachiller* o *Andrés Niporesas*. Notas psicológicas que apartan en muchos aspectos la personalidad de *Fíguro* de los tópicos costumbristas.

Fundamental es también para poner en cuarentena la teoría de los pseudónimos el hecho de que estos personajes son, excepto *Andrés Niporesas*, que conocemos por su correspondencia, escritores: cada uno de ellos es autor de artículos de distinta índole que publican en revistas periódicas diferentes, como antes señalé: *El Duende Satírico del Día*, *El Pobrecito Hablador*, *Revista Española*, *El Observador*, *Revista Mensajero*, *El Español*, *El Redactor General* y *El Mundo*. Pero además,

---

que cuando el tedio me abrumba con su peso, no puedo tener más que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pase a mi alrededor; a todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono» (página 198).

toda esta producción literaria de los *personajes-autores* de Larra varía, según pertenezca a uno u otro, en estructura, estilo, contenido, etc.

Los artículos costumbristas del *Duende* tienen evidentes defectos, que van desde su excesiva mordacidad hasta su desmesurada amplitud. El tema costumbrista aparece desarrollado en «El café» de un modo usual, y en «Corridas de toros» de un modo ensayístico. El primero supone un acercamiento, no logrado en cuanto a perfección, al costumbrismo típico que se manifiesta en su propia estructura del tipo *narrador-testigo*, que cuenta lo que presenció, la pequeña reflexión final acerca de la falsedad de las apariencias, las caricaturas logradas a base de procedimientos metonímicos de diversos personajes, etc. En «Corridas de toros», aunque el tema es la fiesta nacional, no existe ninguna intención constructiva de tipo costumbrista. La primera parte de este artículo es un plagio, como ha señalado Escobar, de la *Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España*, de don Nicolás Fernández de Moratín, y la segunda, una descripción negativa de una de ellas. El *Duende* manipula la *Carta*, favorable a la fiesta, introduciendo comentarios y apostillas de su cosecha, para poner de manifiesto lo bárbaro y vulgar de diversión tan enraizada.

Dos artículos tienen forma dialogada: «El Duende y el librero» y «Donde las dan, las toman». Este último nos interesa especialmente, ya que reproduce una conversación entre el *Duende* y un personaje llamado *Ramón Arriala*, que es, como ha señalado la crítica, un anagrama de Mariano Larra utilizado en varias ocasiones para firmar adaptaciones teatrales de obras francesas. Este es realmente el pseudónimo del autor del *Macías*, quien instiga una y otra vez al *Duende* en sus críticas, presentándose como un personaje mordaz y batallador. El propio *Duende* se ve obligado a llamarle la atención: «si usted no se modera—le dice—concluiremos nuestra conversación» (pág. 49, *b*)<sup>8</sup>. Con lo cual se marcan las diferencias entre uno y otro.

Nos interesa hacer hincapié sobre la presencia coetánea de estos dos personajes. Por una parte, podría tratarse, en el caso concreto del *Duende*, de un posible heterónimo; por otro, el que *Ramón de Arriala* fuese utilizado más veces como pseudónimo-anagrama en adaptaciones teatrales de obras francesas nos muestra, una vez más, esa tendencia a ocultarse, a desaparecer incluso, tras un nombre, personaje o firma que Larra tenía.

En dos artículos aparece la forma epistolar, concretamente en el firmado por *H. W.* y en otro del propio *Duende*, titulados los dos genéricamente «Correspondencia de el Duende». Ambos son menos ágiles

<sup>8</sup> Cito por la edición de CARLOS SECO para la N. B. A. E. (Atlas, Madrid, 1960) ya que en la de Planeta no recoge este artículo.